

# La resurrección y no la inmortalidad



## QUINTO DOMINGO

*Ez 37,12-14; Rom 8,8-11;  
Jn 11,1-45*

«...**S**i hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto!» (Jn 11,22). En este reproche, que sin demasiados cumplimientos, Marta dirige al Maestro, se esconde una convicción tácita. El que es amigo del Maestro no debería morir. De lo contrario ¿por qué creer?

Pensándolo bien, detrás de muchas crisis de fe, está el escándalo de pensar que si uno es bueno y creyente ¿por qué no lo protege Dios? Jesús nunca ha prometido nada de este tipo, es decir la exención de la muerte; aún más, en la historia de su amigo Lázaro, el Maestro es como se viviera su muerte anticipada. Como nos sucede también a nosotros cuando somos golpeados en los afectos más queridos: lloramos no sólo a nuestro querido difunto, sino, sobre todo, por nosotros mismos, ya que vislumbramos nuestro fin.

Lo que impresiona de la narración son dos particulares: la demora con la cual Jesús va a Lázaro y, al mismo tiempo, su llanto incontrolable. Si es verdad el primero, no se comprende el segundo y viceversa. Por un lado, Jesús no se precipita para ir a sanarlo, como era de esperar. Sólo después de dos días decide ir, a pesar de las resistencias de sus discípulos, que no querían que fuera a Judea. Y cuando decide, explica: «Nuestro amigo Lázaro está dormido, pero yo iré a despertarlo» (v. 11). Esta es una declaración increíble, ya que Jesús entiende la muerte como paso inevitable, pero no definitivo. Nosotros huimos de la muerte, la eliminamos, pero es nuestro paso inevitable. Para creer en la resurrección es necesario creer primero en la muerte. Porque el punto no es la inmortalidad, sino la resurrección. En este sentido el creyente no tiene descuentos. Muere como todos y como para todos, la muerte de los seres queridos es una pérdida. Por esto Jesús llora, porque nada de lo que es humano le es ajeno. Ni siquiera la muerte, que compartirá hasta el tercer día.

De hecho, Jesús no se rinde y pide al Padre como si el milagro ya fuera realizado. «Padre, te agradezco que me has escuchado. Yo sé que me escuchas siempre» (v. 42). Es ésta la certeza que nace del diálogo con Dios, que puede hacernos pasar a través de la trágica negación de la muerte, sin perder la confianza. No hay por qué asombrarnos si también nosotros, como Marta vacilamos, sino que debemos hacer crecer nuestra amistad con Jesús, para que él mismo nos tome de la mano en la hora decisiva. No hay otro camino. Sólo Él ha pasado. Y nos espera.

*P. Domenico Pompili*

### *Donde yo voy*

*La vida está escondida bajo la muerte.  
La razón no la entiende, pero la fe dice:  
Yo muero en Cristo. Allá voy yo, lo encontraré.  
En la muerte yo veo la vida.*

*(M. Lutero)*

[www.paoline.org](http://www.paoline.org)